

LA
MUJER DE FUEGO.

NOVELA DE

ADOLFO BELOT

traducida libremente al castellano

POR

AMANCIO PERATONER.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE JOSÉ MIRET.

Calle de Córtes (Gran vía) 289 y 291, Ensanche.

1876.

PQ 2193

B7

M8

ES PROPIEDAD.



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS
156563

LA MUJER DE FUEGO.

Las playas de Bretaña, envidiosas indudablemente de las playas de Normandía, se engalanan desde algunos años á esta parte con nuevos baños de mar.

No les basta ya oponer Pornic, Saint-Malo, le Croisic á Tronville, á Dieppe y á Boulogne, sino que ávidas tambien de playas de segundo orden han creado Pornichet, Piriac y el Pouliguen.

Estas lindas residencias bretonas merecerian, sin disputa, compartir la voga de sus rivales normandas, empero, encontrándolas el Parisiense demasiado lejanas de sí, y rehusándoles su consagracion, quedan siendo propiedad casi esclusiva de los habitantes de Angers, de Tours y sobre todo de Nantes.

Esta última villa, mas que una cabeza de partido departamental, es la capital del noroeste de Francia y encierra todas las elegancias de las capitales.

Los hombres, despues de haber empleado la mayor parte del dia en sus negocios, sacrifican á sus placeres, tienen casinos, teatros, carreras de caballos y queridas.

Las mujeres, en general, son lindas, algo coquetas; suficientemente ligeras, sin serlo demasiado.

No viven encerradas en sus casas como acontece en la mayoría de las demás villas de provincia; de tres á cinco de la tarde acostumbran á exhibirse en las calles Crebillon y del Calvaire, en la plaza Graslin, en el Cours y el muelle de la Fosse.

Su andar es gracioso, su *toilette* de buen gusto; es, como si dijéramos, la elegancia parisiense revisada y corregida por la austeridad provincial.

Son murmuradoras como en París, mucho mas que en París, porque se conocen mas unas á otras, viven en el mismo círculo y sus temas de conversacion son mas limitados.

Tienen aficion á la mesa, y adoran á los pasteleros y confiteros, cuya industria, en Nantes, es de las mas prósperas.

En resúmen, buenas criaturas, de talento poco cultivado, indolentes y un tanto sensuales, caritativas, eso sí, muy caritativas, diganlo sino las sinceras pruebas que de ello dieron en la reciente guerra, devotas sin verdadera religion, llenas de defectos y de escelentes cualidades, teniendo algo de la Parisiense, de la Criolla y de la Provinciana, de cuya mezcla ha nacido un tipo aparte, con un sello de originalidad que puede designarse con este título: la Nantesa.

En esta amable poblacion femenina, demasiado estrechada en sus calles angostas, solo piensa en emigrar.

Trasládase á las orillas del Erdre ó del Sevre, á Clisson ó al lago de Grandlieu, ó bien, fiel al Loire, sigue su corriente y va á fijar sus interinos reales en Chantenay, en Couëron y en Savenay.

Otras, mas intrépidas, atraídas por el mar, bajan hasta Saint-Nazaire, y elijen, para pasar unas cuantas semanas, una de las playas precedentemente nombradas.

El Croisic tenia antaño la voga; hoy parece haberla perdido.

Se le prefiere el Pouliguen, donde la mar es menos dura, y

que posee un bosque de abetos, verdaderamente precioso en un país pintoresco á no poder mas, pero avaro en arboledas.

Nada tan encantador como esta pequeña villa, que ha tomado su nombre de la bahía en cuyo fondo se la ve elevarse (Pouliguen, ó Poull-guen: Bahía blanca).

Sus casas, tiradas á cordel, de uno ó dos pisos, algunas de ellas rodeadas de graciosos jardines, se extienden á lo largo de un puerto siempre lleno, en verano, de barcas de pescadores ó de lanchas de recreo.

Siguiendo los muelles, llégase pronto á la playa desde donde se disfruta de un golpe de vista mágico.

Tras de sí, dando fachada al mar, una veintena de lindísimas *torres*, con miradores cubiertos.

A la derecha, á lo largo de la bahía, la aldea de Painchaudeau con sus casitas y jardines que las olas vienen á lamer; mas lejos y en la misma direccion, una línea de rocas encima de las cuales verdea una alegre campiña.

A la izquierda, en una anchura de cinco ó seis kilómetros, los méganos de Escoublac que se desarrollan formando un semicírculo, y Pornichet, circuido de abetos.

En frente, basada sobre las rocas de los Impairs, la Torre roja, encargada de indicar la embocadura del canal, y las Islas de Even, temibles escollos que todos los buques de alto calado procedentes de América van á reconocer antes de dirigirse á Saint-Nazaire.

En el horizonte, en un dia despejado, Pornic, Saint-Michel y Saint-Gildas, límite extremo de la orilla izquierda del Loire.

En los primeros dias de agosto de 186., dos personas apeadas, hacia un momento, de un coche, ante el chalet de Esgrigny, parecian admirar por vez primera tan magnífico paisaje.

Una de ellas, una mujer de cincuenta y cinco á cincuenta y seis años, vestida sencillamente, de estatura alta y algo gruesa, rubia aun á pesar de sus años, de mirar vivo, fino sonris,

y nariz correcta, recordaba, hasta el punto de engañarse, por su arrogante presencia, sus maneras distinguidas y su aspecto severo, á ciertas damas de la corte de Luis XIV.

La otra era un joven de veinte y cinco años, sin duda hijo suyo, alto, distinguido, frio como ella, rubio, con patillas á la inglesa muy sedosas y largas, algo pálido, pero con una de esas palideces accidentales que á veces ocasiona el estudio y bajo las cuales se siente circular la vida.

Podía tomársele por oficial de marina, por gentil hombre inglés y por magistrado, sin que fuese dado clasificarle con exactitud.

Sus ojos de miope, armados de lentes, eran bellísimos, sus dientes lindos, su mano, perfectamente enguantada, pequeña y delgada, y su pié en relacion con su mano.

Si tentaciones daban de encontrarle demasiado pulcramente vestido, como viajero, no se pensaba en acusarle de falta de gusto y de cortesía; adivinábase que, por sistema, debia haberse impuesto aquel lazo de corbata, aquel cuello derecho, aquella levita algo clásica y toda aquella severidad de continente.

El espectáculo que estasiaba sus ojos, admirable á todas horas del dia y en todo tiempo, sobrepujábese, por decirlo así, en aquel momento.

La mar, que montaba insensiblemente desde hacia dos horas, acababa repentinamente de hacer irrupcion en la bahía é invadía bruscamente los bancos de arena y las rocas que la marea baja deja en descubierto.

Los pescadores de langostas, de congrios y de langostinos, sorprendidos por la creciente en la Torre roja, dirijianse al muelle con toda la velocidad que les permitian los aparejos de pesca que tras de sí arrastraban.

Varias jóvenes, de paseo por las rocas de Painchateau, corrian á la playa, y exhalaban leves gritos de terror cada vez que la ola les besaba los piés.

En la altura de Pornichet, algunas lanchas de recreo, fáciles de conocer por su elegante casco y sus blancas velas, avanzaban lentamente con la marea; y hácia los Even, una flotilla de pescadores de sardina, renunciando á fondear en el Croisic, Piriac ó la Turbale, sus puertos habituales, dirijianse hácia el Pouliguen, á velas desplegadas.

Un sol espléndido iluminaba el paisaje, doraba las olas y hacia centellear sobre la playa su finísima arena, bordada de pequeñas conchas de nácar y de pechinas de todos matices.

—¿Qué tal, Luciano? ¿qué te parece este país? preguntó de repente á su compañero la dama cuyo retrato acabamos de diseñar.

—Me parece que es bellissimo.

—¿No hallas otra palabra para pintar mejor tu admiracion?

—¿Qué importa la palabra, madre mia? ¿A qué prodigar mi entusiasmo en palabras? Admiro interiormente, y admiro mucho, os lo aseguro.

—Entonces ¿pasarias aquí gustoso tus vacaciones?

—¿Cómo, aquí? ¿qué no vamos al Croisic?

—Nada nos obliga á ello, si el Pouliguen nos place. El cochero depositará nuestros equipajes en alguna de estas casas, y se dispensará, muy de buen grado, de andar las dos leguas que nos separan todavía del Croisic.

—¿Qué duda tienel Pero ¿encontraremos donde albergarnos en este pueblo?

—¿Quieres que me entere?

—Haced lo que gustéis, madre mia.

—Parece que mi plan no te sonrie mucho.

—Es que temo que aquí carezcáis de distracciones.

—Nunca las busco, bien lo sabes. Desde que murió tu padre, solo vivo para tí, y tus placeres son los míos.

—Lo sé, mi buena madre. Pero correis el riesgo de vivir en el Pouliguen en una soledad absoluta.

—Te engañas, Luciano. Encontraré á algunas personas sumamente amables.

—¡Ah! y ¿quienes son?

—El señor de Rioux, por ejemplo.

—¿El ex-primer presidente?

—Sí; el amigo de tu padre.

—¿Está solo?

—Nó, su sobrina debe haberle acompañado.

—¡Ah! ¡la señorita María está aquí!...

—¿Te contraría eso, tal vez?

—De ningun modo, madre mia. Solo que...

—¡Esplicate!

—Pues bien, ya que así lo exijís, empiezo á comprender...

—¿Qué?

—Que deseais quedaros en el Pouliguen.

Contemplóla ella un momento, y le dijo:

—¿Crees que abrigo una segunda intencion, verdad?

—Creo, madre, lo que me habeis permitido creer. Opináis que me hallo en edad de casarme; la señorita María de Rioux os parece convenirme por mujer, y...

—¿Y?

—Os placiera en alto grado verme pasar mi mes de vacaciones aquí, con ella.

—Es verdad. ¿Qué objeciones puedes hacer á mi deseo?

—¿Me permitís que os hable con franqueza?

—Te lo suplico.

—Quisiera no casarme, por ahora.

—Haces mal. En tu carrera el matrimonio es necesario, y hasta te diré que indispensable. Dá cierto aplomo, cierta gravedad. Eres algo jóven para la posicion que ocupas y que, sobre todo, debes á los buenos recuerdos dejados en la magistratura por nuestra familia. Un d'Aubier no podía quedar largo tiempo sustituto en una villa de tercer orden; así lo han com-

prendido y te trasladaron á Nantes. ¡Ah! ya sé que por tu parte has ganado dignamente tu grado. Has trabajado hasta el punto de verte precisado, por mandato del médico, á tomarte un mes de descanso. Pero no por ello dejas de tener veinte y cinco años y no pareces tener ni uno mas, á pesar de todos tus esfuerzos para envejecerte. Cásate, y no habrás de preocuparte mas sobre el particular.

—¡Vaya! exclamó riendo Luciano; vos quereis que la señorita de Rioux me sirva de cuello derecho y de corbata blanca.

—Quiero tu felicidad, hijo mio; estoy persuadida de que la encontrarás en este matrimonio, y procuro, por todos los medios posibles, decidirte á él.

—¡Pues bien! allá abajo apercibo al señor de Rioux y á su sobrina. Id á reuniros con ellos y buscad con ellos el albergue que pudiera conveniros. Por mi parte, me eclipso, si lo permitís; he venido á los baños de mar para distraerme, y vuestras ideas de matrimonio me entristecen algo.

Luciano cogió disimuladamente la mano de su madre, besóla respetuosamente la punta de los dedos y se alejó en direccion á la playa.

Gravisima prevencion debia tener contra el matrimonio para ahuyentarse de la persona que acababa de designar, y al encuentro de la cual la señora d'Aubier se apresuró á dirigirse, cuando se vió sola.

Ni alta ni baja, con un talle finísimo, espaldas torneadas y perfectamente modeladas, pié de niño, cabello que el ébano pudiera envidiar, grandes ojos rasgados, orlados de luengas pestañas, nariz aristocrática, labios coralinos, tez fresca y sana, la señorita María de Rioux, de edad escasamente diez y ocho años, era una preciosísima jóven.

Acababa á su vez de divisar á la madre de Luciano, y, dejando á su tio, que no hubiera podido caminar bastante aprisa, corria viva y lijera al encuentro de la señora d'Aubier.

—¡Vos aquí, señora! ¿por qué feliz casualidad? ¡qué ventura para nosotros! exclamó reuniéndose á ella y ofreciéndole á besar su frente. ¿Venís quizá á pasar algun tiempo en el Pouliguen?

—Bien lo quisiera, querida niña, mas vacilo...

—¡Ah! ¡en verdad! ¿y por qué? ¡es tan lindo este país!

Y dirigiéndose á un anciano de elevada estatura que acababa de llegar:

—Querido tío, le dijo, ruégoos que me ayudeis á decidir á la señora d'Aubier á que se quede con nosotros.

—No deseo otra cosa, repuso el antiguo magistrado. ¿Por ventura, no os agrada este país?

—Muy al contrario; pero el caso es que mi hijo prefiere el Croisic.

—¡Oh! pues hace mal, muy mal, exclamó vivamente la señorita María, y añadió, sin reflexion, con la petulancia que parecia serle habitual: ¿Sabe el señor de Aubier que vivimos aquí?

Embarazosa era la pregunta.

Fingiéndose la señora de Aubier como sino la hubiese oido, apresuróse á preguntar si, en caso de fijarse en el Pouliguen, encontraria fácilmente un albergue.

—Fácilmente, no me atrevo á afirmarlo, contestó el señor de Rioux; pero buscándolo con nosotros, que conocemos el país...

—¡Sí! ¡encontraremos! ¡encontraremos! exclamó la señorita María.

Ruborizóse; acababa sin duda de comprender que mostraba demasiado ahinco en querer retener junto á sí á los recién llegados.

Tal vez temia tambien haber descubierto, con su vivacidad, algun pensamiento secreto, alguna esperanza no declarada.

—¡Vaya, pues! ¡buscaremos, si gustais! repuso la señora de Aubier.

Y, viendo que el ex-presidente se aprestaba á ofrecerle su brazo:

—Nó, añadió, andaré sola; no quiero privaros de vuestro caro sosten.

—El báculo de mi vejez, dijo el anciano sonriendo á su sobrina, ¡ah! conozco todo su precio y os agradezco, señora, que me lo dejéis.

Los tres abandonaron el muelle y avanzaron al interior de la villa, deteniéndose á cada paso á leer los cartelones de las casas para alquilar, y consultarse.

En el interin Luciano paseábase por la playa, mirando con todos sus ojos y admirando con toda su alma.

Al verle así, preocupado únicamente del espectáculo que se desarrollaba ante él, fácilmente podia deducirse que las observaciones de su madre no habian hecho en su espíritu muy fuerte impresion.

En efecto, la especie de invitacion que la señora de Aubier le habia dirigido, era solo inoportuna.

Luciano, en principio, no rechazaba el matrimonio; y la idea de casarse con la señorita de Rioux, cuyas belleza y gracias apreciaba le habian sonreido mas de una vez.

Pero no era con objeto de casarse por lo que Luciano habia pedido al guarda-sellos un mes de licencia, ni por lo que se habia despedido la víspera del estrado de Nantes, ni por lo que se encontraba, desde hacia una hora, en los baños de mar.

Habia ido allí en busca de reposo, de recojimiento, de libertad de espíritu y tambien de alguna diversion.

El matrimonio podia ofrecerle garantías de felicidad; pero en aquel momento, tal vez sin de ello darse cuenta, solo aspiraba placeres.

Desde largo tiempo ya, decia entre sí:

¡Cuándo podré tener un mes de licencia, un mes de reposo!

Al fin, lo tenia y queria aprovecharlo de un modo completo.

Aquel hombre de veinte y cinco años, envejecido antes de tiempo por un trabajo incesante de muchos años, por funciones dificiles y penosas, por una posicion en evidencia, habia sentido de repente la imperiosa necesidad de volverse jóven, de respirar en plena libertad, de gozar un instante de la vida.

Si la idea de fijarse en el Pouliguen no le habia seducido, es porque temia no poder, en aquel pequeño pueblo, ocultarse á su sabor; pasar desapercibido á todo el mundo, dejar á un lado esa rigidez de mando á que se creia obligado, y echando á lo lejos la toga y el birrete de magistrado, revestir la chaqueta y el hongo del bañista.

En el colegio habíanle condenado á sobresalir en griego, en latin, en tema y en version, y á obtener todos los premios en el exámen general; habian rendido su jóven inteligencia, elevándole al rango de discípulo prodigio.

Desde el colegio, y sin transicion, entrara en casa de un procurador y cuatro años de estudio le habian bastado para graduarse de doctor en derecho.

Entónces, gracias al influjo de su padre, procurador general en París, y que murió el año siguiente en el ejercicio de sus elevadas funciones, fue nombrado Luciano sustituto en provincia.

Desde su primer año de colegio no habia tenido tiempo para detenerse en su veloz carrera, ni para respirar, ni para vivir.

Clamaba: «tengo sed de reposo!»

Y repondíanle: «toma premios, coronas, diplomas, adelantos, y honores!»

Decia para sí: «tengo un corazon como los demás hombres: porque, pues, no funciona, porque pues, no late, porque, pues no ama?»—«¡Amar! eso requiere demasiado tiempo! ¡amar! no tienes derecho á ello! tus ocupaciones, tus trabajos se oponen! Deje á un lado tu corazon; tu cabeza sola es la que debe

funcionar; tus demás órganos son inútiles en tu carrera, y hasta puede decirse que nocivos.»

En efecto, la cabeza habia acabado por dominar el corazon.

Este no latia mas que con un movimiento siempre igual, sin que Luciano percibiese sus latidos.

Habia acabado por no ser, en él, el órgano de la sensibilidad moral, el sitio de las pasiones; era solo una simple víscera situada en medio del pecho.

Empero antes de quedar vencido, quebrado, aniquilado, el órgano á que nos referimos ¿habia luchado, resistido; habíase rebelado contra sus opresores?

Nó.

Su propietario no le dejara tiempo para ello, á duras penas le habia permitido, á rarísimos intervalos, en breves momentos de ocio, vagas aspiraciones á otro estado.

Y, sin embargo; habia aun en este oprimido y vencido tanta juventud inconsciente, tanto vigor y tantas fuerzas latentes, que debia bastar tal vez un solo accidente, una chispa, un rayo de sol ó un rayo de amor, como dice el poeta, para que rompiese sus trabas, quebrantase los hielos polares que le circuian, y tomase un vuelo hácia mas cálidas regiones.

En torno de Luciano, todo, en aquel momento, parecia querer concurrir á esta metamórfosis, á esta trasfiguracion.

La misma naturaleza se habia vestido de gala para recibirle en el Pouliguen; el tiempo, un tanto frio desde principio del verano, habia cambiado bruscamente la noche anterior bajo la influencia de la nueva luna, y nunca el cielo habia sido mas bello, ni mas brillante el sol; nunca aquel precioso rincon de la Bretaña, cantado por Balzac en *Beatriz*, se habia presentado bajo mas seductor aspecto.

El mar, desde una hora antes, batia en su magestuosa plenitud, y la bahía, descubierta en parte, durante la baja marea, estaba enteramente inundada.